



Ciencia y Fe.

(De H. Conscience.)

Vagaba absorto en mis propios pensamientos, por los entristecidos campos.

El invierno con su aliento glacial había arrebatado á la naturaleza su vestidura de esmeralda; los árboles estaban desnudos, silencioso el follaje, y todo despertaba en mi corazón pensamientos sombríos.

Buscaba el enigma de esta agonía de la naturaleza, y sentía agitarse lentamente mi pecho al peso de las frías reflexiones que me saltaban.

Sentía en todo mi sér aquel letargo en que la naturaleza yacía, como si la meditación hubiera entorpecido la fuerza vital en mi cuerpo.

El enigma de la vida se levantaba ante mis ojos.....

Un anciano de encorvadas espaldas estaba sentado á orillas del camino, sobre el tronco de un árbol que la tempestad había destrozado. El viento agitaba sobre su frente los rizos de su cabellera blanca como la nieve; dos transparentes lágrimas corrían por las profundas arrugas que surcaban sus mejillas, y el triste sol de invierno quemaba con sus oblicuos rayos la

frente brillante y espaciosa del anciano. Llevó éste á sus pupilas una mano flaca y huesosa, y después de enjugar las lágrimas que escaldaban sus mejillas, con un dedo, húmedo aún, señaló el triste espectáculo de la naturaleza, y murmuró:

—También mi corazón está desnudo como los campos, sombrío como la atmósfera, despojado como los árboles y frío como el hielo que encadena al silencioso arroyuelo..... Ah! yo he penetrado á lo más íntimo de mi alma, y he pedido cuenta de sus más secretas emociones al espíritu que me anima..... Y he buscado el enigma de todo lo que me rodea, el principio incomprensible del que todo se deriva, y esta investigación ha sido una blasfemia..... y sobrevino un castigo que fué pesado para soportarlo.....

Cada vez que el espíritu respondía á mis preguntas, se escapaba una parte de mis alegrías; y á cada enigma resuelto, la fe que consuela y la esperanza que sostiene parecían extinguirse en mi pecho..... Todo se trocó ante mis ojos en impostura y mentira, todo, hasta las obras maravillosas del Creador!..... Las hermosas ilusiones de la temprana juventud huyeron presto de mí; hondos pesares apagaron la luz de mis pupilas; profundas arrugas surcaron mi frente; y sólo quedaron conmigo fríos y abrumadores pensamientos..... Tocaba al invierno de la vida, sin haber visto las frescas sombras del estío ni los dulces frutos del otoño.....

La piedad descendió á mi corazón, y lleno de compasión exclamé:

—¡Oh, padre mío!..... Si las tempestades de la ancianidad pesan en vuestra vida, si vuestra frente se inclina hacia la tierra, ¿no podéis consolar y fortalecer vuestro corazón con el recuerdo de tiempos mejores? ¿Acaso la esperanza de una vida futura y bienaventurada, es inútil para reanimaros y sosteneros, pues que llorando os acercáis á la tumba?

—Hijo mío,—replicó el anciano con una amarga sonrisa:—tú no sabes lo que es la vida del hombre..... En otro tiempo yo fuí joven y fuerte, como tú lo eres ahora; las rosas florecían en mis mejillas, y toda la naturaleza me sonreía; mis ojos contemplaban con éxtasis la magia de los colores, la seducción de todas las transformaciones, y yo admiraba entonces las obras del Creador, porque creía..... y sabía orar, sabía tener gratitud..... Pero los días de la infancia pasaron, así como el resplandor fugitivo que en una calurosa tarde de estío se eleva alegremente, toma mil formas, y desaparece para no volver..... Creía entonces que la vida podría brindarme tanta alegría, que me hiciera olvidar los dolores; y sencillo y crédulo penetré lleno de gozo en la gran sociedad humana..... Mi mano oprimía cordialmente las manos de todos, creyendo que el afecto existía en las almas de los hombres: creía esto, porque las considerables riquezas que yo había recibido por herencia, habían cubierto mis ojos con una espesa venda..... Un día la miseria vino á estrecharme con sus descarnados brazos, y acudí á mis amigos lleno de confianza..... Entonces vi cuán poco amor hay en el corazón humano: porque todos me abandonaron y se burlaron de mi desesperación, llevándose cada uno de ellos una parte de lo que yo poseía..... Sólo uno permaneció á mi lado. En el infortunio y las penas que me agobiaban, él secaba las amargas lágrimas que bañaban mis mejillas; bebía conmigo del cáliz de la amargura; participaba de todos mis dolores, y la gratitud hacía latir mi pecho con las mismas impresiones que el suyo!..... Pero la muerte, la envidiosa muerte, descargó sobre él su terrible golpe. La tumba recibió su cuerpo inanimado, y la tierra fría cubrió al único hombre que yo amaba en el mundo..... ¡y esto fué para siempre!..... Entonces busqué la felicidad en el amor. Pobre, vivía yo tranquilamente con el trabajo de mis manos, y muchas veces sentí el amargo su-

dor correr por mi frente abrasada. ¡Y llegué á olvidarme de Dios!..... Mas vino al mundo un terrible azote; la guadaña de la muerte se paseó sobre la tierra, y todos los seres queridos en los que estaban cifradas la paz y la felicidad de mi vida, todos fueron heridos!..... todos me fueron arrebatados!..... Mi esposa, mis hijos, uno tras otro vinieron á espirar sobre mi pecho..... Sí, yo los vi, aquí, sobre mis rodillas, morir en medio de indecibles torturas!..... Cuando los ojos de mi primer hijo perdieron su brillo, y su alma había llegado ya dos veces hasta sus labios, rogué al Señor que le concediera la vida; pero el Señor no escuchó mis ruegos!..... Una horrible convulsión contrajo los miembros de aquel niño, y de su cuerpo consumido se desprendió rápidamente el espíritu que lo animaba..... Desesperado, tendido en medio de sus cadáveres helados, les llamaba por sus nombres en mi extravío: pero los muertos no me oían!..... Entonces aspiré con verdadera ansiedad el aire infestado que los rodeaba..... ¡Cuán dulce me hubiera sido dormir el sueño eterno que ellos dormían!..... Mas no pude morir: el cáliz no estaba vacío aún hasta las heces!..... Todo lo que yo amaba descendió con ellos á la tumba. Una infranqueable barrera separó de sus hijos al padre, y yo quedé solo en el mundo. Entonces volví al pasado la mirada y calculé la suma de mis penas y de mis placeres, y encontré que los instantes de verdadera alegría comparados con las horas de mi tristeza, son como *uno es á mil*..... Lleno de cólera y con la blasfemia en los labios, me levanté, y á Dios increpé así: —¿Es, pues, que has creado al hombre únicamente para el sufrimiento y para las lágrimas?..... ¿Por qué no has dejado dormir al polvo inanimado en la paz y el reposo de la naturaleza?..... —¡Y el Señor castigó mi blasfemia!..... Mi corazón se tornó frío, la fe me abandonó enteramente, y ya más no supe llorar ni quejarme: desde entonces una fatal in-

sensibilidad tuvo siempre su copa de hiel junto á mis labios, y los días de mi vida se tornaron sombríos y se llenaron de nubes para siempre!.....

El anciano se levantó y se alejó con lentitud. Su pesada frente se inclinaba como bajo un terrible peso, y marchaba penosamente, agobiado con sus tristes recuerdos. Su terrible predicción trajo á mi alma una preocupación sombría. Me parecía ver ya en el porvenir los lúgubres espectros de la desgracia y de la desolación avanzar delante de mí. Sin embargo, yo tenía confianza en Dios. Elevé á los cielos la mirada suplicante, y un rayo de consuelo y de misericordia disipó las tristes reflexiones que me asaltaban. Me dirigí al templo del Señor, porque mi alma tenía necesidad de ser consolada..... Mis pasos vagaban al acaso por los caprichosos senderos del cementerio, y me senté sobre un banco casi destruido, ante un sepulcro abierto. Vi allí los restos amenazantes de los muertos, y fijé con ansiedad la mirada en los ojos profundos de los cráneos silenciosos. Repentinamente me estremecí, y un frío glacial corrió por todo mi cuerpo: una mano flaca y huesosa tocaba la mía..... El anciano estaba de pie á mi lado.

—Hijo mío,—dijo mostrándome un cráneo blanco y desnudo:—¿ves esa cabeza?..... ¡fué la de mi padre!

Y un torrente de lágrimas y de amargos sollozos ahogaron su voz; y el cráneo pareció reír con ironía de su tristeza. Después, mostrándome un cráneo más pequeño, exclamó.

—¿Ves esta cabeza?..... ¡fué la de mi primer hijo! Joven era como tú, y, sin embargo, murió!..... Esta otra es la cabeza de mi esposa tan bella, tan dulce!..... Aquella, es la de mi amigo!..... Aquí, en estos cráneos mudos, duerme para siempre mi esperanza, mi paz, mi felicidad..... Mira: las contracciones del dolor persisten allí, cual si fueran en pos de la vida. Allí, entre todos esos restos

humanos, hay un lugar para tí también, hijo mío; y cuando ya descanses en él, tus ojos no serán sino cavidades como aquéllas, y el agua del cielo emblanquecerá tu cráneo y lo convertirá en barro!.....

Mientras que con el alma llena de angustia quería arrojar lejos de mí, como si fueran una horrible pesadilla, las palabras del anciano, éste esperaba mi respuesta.

Una mujer de pálido semblante, apareció deslizándose dulcemente ante nosotros. A través de sus lágrimas se veía una sonrisa tan dulce y seductora como la misma esperanza. Sus dedos delicados sostenían coronas de flores, y toda ella estaba envuelta en una gasa fúnebre. Se arrodilló ante un sepulcro recientemente abierto y derramó las flores sobre la tierra. El anciano me mostró de nuevo los cráneos, y me dijo:

—Hijo mío, ¿comprendes ya lo que es la vida? ¿Comprendes al fin que todo el enigma se encierra en esta palabra: NADA?

—No lo creas, hijo mío, no lo creas!—exclamó la mujer llorando.

Y levantando los ojos al cielo, dijo como una profetisa iluminada por el espíritu de Dios:

—Allí está en verdad la solución de todos los enigmas de la vida y de la muerte, de la felicidad y del infortunio..... A mí también me han sido arrebatados un esposo y un hijo; la tierra fría cubre también sus cadáveres; y sin embargo, he encontrado consuelo en esta eterna palabra del enigma: Dios!.....

En este momento se desvaneció el sueño de desesperación que me abrumaba.

Besé con reconocimiento la mano de la mujer que acababa de consolarme y de iluminarme, y mi corazón se sublevó contra el desolado anciano, al que pregunté atrevidamente su nombre, y me respondió:

—*Yo soy la Ciencia!*.....

E hice la misma pregunta á la mujer, y me respondió:

—*Yo soy la Fe!*.....

Y me cubrió con su manto.....

Y desde entonces ningún pensamiento desesperado ha venido á perseguirme bajo esta égida sagrada.....

Y desde entonces van siempre conmigo la tranquilidad, la paz y la felicidad.

Tradujo

F. E. ALATORRE.

HARETH-BEN-HILIZA.

Si es cierto lo que se refiere de este poeta árabe, jamás poeta en el mundo tuvo tal facilidad de improvisación, y son juegos de niños los esfuerzos de los improvisadores modernos.

Hallábanse un día en presencia de Amron, rey de Hira, los jefes principales de dos tribus enemigas, una de las cuales, á consecuencia de ciertos daños fortuitos, reclamaba de la otra una fuerte indemnización. Ambas partes habían nombrado sus respectivos defensores, y uno de ellos, el de la parte demandada, llenó de injurias groseras á su contrario; irritóse el rey, más amigo de la tribu que pedía, y ya iba á fallar el litigio en favor suyo, y á ordenar el degüello del abogado insultador, cuando Hareth, perteneciente á la tribu reclamante, apoyó se en su arco, y empezó á improvisar un poema. Agitado del numen que le inspiraba, lleno de aquel furor sagrado que agitaba á las antiguas sacerdotisas, ni siquiera sintió que la punta de su arco habíase ido clavando en su mano, hasta atravesársela de parte á parte: absorto en la improvisación de su poema, recuerda en él las grandes victorias de su tribu y las derrotas de la contraria, enumera los servicios prestados por su tribu á los reyes de Hira, y acaba pidiendo al rey que haga justicia de las pretensiones de sus adversarios.

Hareth era leproso, y el rey le había hecho colocar á distancia suya y cubierto con su velo; pero á medida que hablaba, hizo que le acercasen á él hasta sentarle á su lado.

No hay que decir si sentenciaría el pleito á favor de la tribu del poeta.

Titúlase el poema *La Moallaka*, y está traducido al inglés.

F. E. A.